

## El ser-para-la muerte en cuanto origen del tiempo

*Viernes 9 de enero de 1976*

La muerte como fin, mas de igual modo como pregunta, es la dirección de nuestra búsqueda, en cuanto la manera en que el preguntar arbitra respecto a la positividad de la experiencia, la fenomenalidad del aparecer, la comprensión, la toma de datos, no solamente en mi espíritu, sino en todas las manifestaciones que confirman lo positivo de cualquier positividad. La pregunta es el modo en que se invierte de manera radical la creencia —la *doxa*— a la que se refiere el universo, la manera en que esa *doxa* se convierte en pregunta. Pregunta que no sería modalidad del juicio, sino un más allá del juicio que no es otro juicio sino una pregunta sin planteamiento de problema. Pregunta en la que se realiza la versión hacia el otro (todo a pregunta es petición y plegaria). Versión hacia el otro en la que se mantiene el pensamiento teórico o dóxico mismo en la medida en que se interroga (el diálogo del alma consigo misma sólo es posible en razón de la interrogación del Otro, incluso si en su funcionamiento el pensar teórico no tiene en cuenta esta dimensión). Versión hacia el otro no para colaborar con él y versión que en su preguntar no se plantea la pregunta previa de la existencia (el preguntar no es precedido por la existencia).

La muerte que el fin significa sólo puede medir toda la amplitud de la muerte deviniendo responsabilidad por el Otro. Es a través de ella, en realidad, que nos hacemos a nosotros mismos: uno se hace a sí mismo a partir de esta responsabilidad intransferible, sin delegación. Soy responsable de la muerte del otro al punto de incluirme en la muerte. Es lo que nos muestra, posiblemente, una proposición más aceptable: “soy responsable del otro en tanto que éste es mortal”. La muerte del otro: ésa es la muerte primera.

Es a partir de esta relación —de esta deferencia hacia la muerte del otro y de ese cuestionamiento que es una relación con el infinito— que debe exponerse el tiempo. Más allá de Heidegger, que busca una experiencia de la muerte, y para

quien el fin de la muerte es afirmado como nada, sin que nada penetre desde más allá de la nada en la manera en que la nada de la muerte hace acto en el *Dasein*.

Heidegger intenta aprehender el ser-ahí, es decir, el hombre, esto es, el hecho de que el ser esté en cuestión. Intenta aprehenderle en su totalidad y no solamente bajo uno de sus aspectos (menos que todo a través del aspecto en que el *Dasein* es pérdida de sí en lo cotidiano). Quiere aprehenderlo bajo el aspecto en que éste está en posesión de sí, cuando es propiamente *eigentlich*. Y esta posesión de sí se mostrará ser-para-la-muerte o ser-hasta-la muerte (en el sentido en que se ama hasta la locura, lo que implica amar hasta llegar a perder la razón).

Para el *Dasein*, morir no es alcanzar el punto final de su ser, sino encontrarse cerca del fin en cada momento de su ser. La muerte no es un momento, sino una manera de ser que el *Dasein* toma a cargo desde que es, por lo que la fórmula “tener que ser” significa también “tener que morir”. No es en un porvenir aún no consumado que debe ser pensada la muerte. Por el contrario, el tiempo debe originariamente ser pensado a partir de este que-ser, que también es también un que-morir. Así como el *Dasein* en tanto es siempre un “no aún”, así también éste es siempre su fin. Es su fin o es *al fin*, significación de la transitividad del verbo ser (esta transitividad del verbo es el más grande de los descubrimientos de Heidegger).

El tiempo es el modo de ser del ser mortal; así, el análisis del ser-para-la-muerte nos servirá de origen para una nueva concepción del tiempo. Tiempo en cuanto porvenir del ser-para-la-muerte, porvenir exclusivamente definido por la relación única de ser-hasta-la-muerte en cuanto ser fuera de sí es también ser todo, ser propiamente sí mismo.

El fin<sup>18</sup> que es preciso entender a partir de la muerte no significa que el *Dasein* llegue a término, significa que este ente es en el modo de ser-para-el-fin, que lo que hay de acontecimiento en este ente es el dirigirse hacia su fin. La energía, o el mero poder de ser, es ya el poder de su fin. Encontramos allí

<sup>18</sup> El “finar”, según la traducción de *Ser y Tiempo* de J. Gaos. N. de T.

una relación nueva e irreductible, irreductible a una distancia respecto a lo que queda fuera y distinta de cualquier madurar.

¿Qué significa ese ser-para-la-muerte distinto del madurar? Originariamente, el a-venir es la inminencia de la muerte. La relación con la muerte es pensada a partir de la estructura formal de la preocupación, que es la modalidad propia del ser-ahí (ese ente que es teniendo que ser su ser). Esa manera de ser se formula mediante tres estructuras: ser ante, desde ya en el mundo (facticidad) y junto a las cosas (en medio de las cuales el mundo es olvidado). ¿Cómo pueden unirse esas tres estructuras en el *Sein zum Tode*?

Ser para el fin es un no-aún, pero este no-aún es el no-aún al cual el ser-ahí se refiere *acogiéndolo* como inminencia. Éste no se lo representa, no lo considera, y su acogida no es tampoco una espera. Es algo que se aproxima de la protensión husserlina, pero con una dimensión de amenaza. Heidegger hablará de un poder: puedo un poder inminente. Ahora bien, la muerte es una posibilidad que el *Dasein* debe tomar él mismo a su cargo y que es intransferible. Es éste un poder que es mío, propio. (Para Heidegger, la palabra “poder” se aplica también a la muerte). Con la muerte, el *Dasein* se pro-tiende hacia la inminencia de su posibilidad más propia. En el ser-para-la-muerte, la posibilidad inminente concierne al mismo ser-en-el-mundo mismo, el cual es amenazado, pero amenazado por este ser-en-el-mundo y hasta-la-muerte. El poder, que es la modalidad según la cual la inminencia concierne al *Dasein*, es la posibilidad o la eventualidad de no estar más ahí. Ser-para-la muerte es para el *Dasein* ser ante sí. Hay en ello una posibilidad que cada *Dasein* puede por su propia cuenta.

Esa posibilidad extrema, irrebable, es inminencia del no-ser; la muerte es la posibilidad de la imposibilidad radical de ser-ahí. Así, su inminencia es privilegiada; privilegiada en la manera en que yo puedo esa inminencia: es poder una posibilidad marcada por su carácter intransferible, exclusivo, irrebable. La relación con la muerte en cuanto posibilidad es un *hasta* excepcional, es un *para* excepcional, privilegiado.

Ahora bien, tal relación no es posible sino a partir de la estructura de un *Dasein* que tiene que hacer su ser, es decir, es a partir de este ante-sí. El ser-ante-sí se concreta en el ser para la muerte. De la misma manera, la facticidad y el ser-junto-a-las-cosas están contenidos en el ser-para-la-muerte. El *Dasein* en su ipseidad, implicada en la *mienneté*<sup>19</sup>, no es posible sino como mortal. Una persona inmortal es contradictoria en los términos.

---

<sup>19</sup> El vocablo francés es “*mienneté*”, de “*mien*”, “*mío*”. N. de T.